misma reputacion del general Santa-Anna. Este, que parece que habia formado ya su resolucion, no consideró atendibles las reflexiones de Olaguíbel, y respondió estas terminantes palabras: "Yo determino que se evacue esta misma noche la ciudad, y nombro al Sr. Lombardini general en gefe, y al general Perez su segundo."

Lombardini opuso una corta resistencia, pero admitió al fin, y se dispuso que la caballería saliese en el acto, y la infantería cosa de las dos de la mañana.

El número de infantería reunida en la Ciudadela, era á poco mas ó ménos, de cinco mil hombres, y la caballería, casi intacta despues de tanto combate, ascendia á cosa de cuatro mil hombres.

Entre ocho y nueve de la noche D. Ignacio Trigueros fué á la Ciudadela, y en su coche llevó al general Santa-Anna á la villa de Guadalupe.

El general Quitman no pasó de la garita de Belen, y Worth avanzó algunas fuerzas al rumbo de San Hipólito, disparando cosa de las doce de la noche algunas balas y bombas al centro de la ciudad.

CAPITULO XXIII.

MÉXICO

EN LOS DIAS

14, 15 Y 16 DE SEPTIEMBRE DE 1847.

La poblacion de México que, á pesar de las derrotas del dia anterior, habia dormido en la creencia de que las tropas con que aun contábamos, defenderian la capital calle por calle, conforme á la solemne promesa del general Santa-Anna, despertó el 14 de Septiembre bajo el yugo de las bayonetas estrangeras.

Los nacionales, que habian recibido la órden de disolverse, no estaban en lo general muy dispuestos á obedecerla. En el cuerpo de Hidalgo se celebró una junta para resolver lo que debia hacerse; y solo considerando los gefes y oficiales lo estéril que seria el sacrificio de la juventud que formaba aquel regimiento, se determinó que se cumpliera con lo mandado. Sin embargo, la cuarta compañía, que estaba situada en el convento de Santa Isabel, no quiso verificarlo, hasta la madrugada del siguiente dia, en que estaba ya completamente rodeada por los enemigos; pero aquellos nacionales se retiraron con sus armas, y despues de poner en salvo su bandera.

En la noche del 13, la division de Quitman construyó en la garita de Belen una fortificacion, sostenida por un cañon de á veinticuatro, otro de á diez y ocho y un obus de ocho pulgadas. En la madrugada del 14 vinieron unos mensageros de la Ciudadela, con bandera blanca, invitándolo á ocuparla, y diciendo que Santa-Anna habia abandonado la ciudad.

Tomó posesion de la Ciudadela, dejando una guarnicion en la garita.—Encontró, segun su parte oficial, quince piezas de cañon montadas, y en seguida envió una columna, sostenida por una batería ligera, por las calles principales hasta la plaza mayor.—El capitan Roberts, del regimiento de rifleros, fué el encargado por Quitman de poner la bandera americana en el Palacio.

Desde la noche anterior habian salido á pedir garantías al general enemigo, á nombre del ayuntamiento, los regidores Lic. D. Urbano Fonseca, Lic. D. José María Zaldivar y D. Juan Palacios (que iba en calidad de intérprete) y el oficial mayor D. Leandro Estrada.

La comision se dirigió á la una y media de la mañana al pueblo de Tacubaya, donde se hallaba el general Scott, y no regresó hasta que obtuvo la seguridad, afianzada en la garantía del honor, de que se respetaria la poblacion.

Las seis de la mañana serian cuando entró á la ciudad la columna del general Quitman. Despues penetraron las tropas que mandaba el general Worth, y en el resto del dia, las demas fuerzas permanentes del ejército enemigo. El general Scott, en un corpulento y hermoso caballo y con una arrogante escolta, verificó su entrada como á las nueve.

La poblacion de México que, en los dias anteriores, mas que de patriotismo, habia dado muestras de indolencia, no pudo resistir el aspecto de los invasores, que orgullosamente tomaban posesion de la ciudad. La gente se reune: empieza á formar corrillos, á montar en cólera á la vista de la altivez de los norte-americanos; y pronto, despreciando el peligro, deseando provocar una lucha sangrienta, se lanza el grito de guerra, y los vencedores, que ya no contaban con encontrar resistencia, se ven acometidos en plazas y calles con un ímpetu que los alarma.

Infinitas versiones hemos oido sobre el lugar en que salió el primer tiro; y aunque entre todas ellas sea difícil descubrir cuál es la

exacta, nos atenemos á la mas repetida, segun la cual, aquel tiro salió del callejon de Lopez.

El coronel Carbajal, de la Guardia Nacional, en union de otros gefes, habia formado un plan para batir al enemigo á su entrada á la ciudad, estando en esta combinacion la mayor parte de los vecinos de las calles desde la Alameda hasta el Salto del Agua. Un ciudadano, llamado Esquivel, disparó ántes de tiempo el tiro de que hemos hablado, y creyéndose que era la señal para el combate, se rompió el fuego por las calles del Hospital Real y San Juan.

El tiro se dirigió al general Worth, que estaba á caballo en la esquina del callejon de Lopez; pero no le dió á él, sino al coronel Garland, hiriéndole una pierna. Los americanos penetraron al punto por las calles, tirando cañonazos, echando abajo puertas, saqueando casas, y cometiendo otros mil escesos. Los que medio hablaban español, procuraban indagar quién habia sido el del primer tiro; y el coronel Carbajal, que fué denunciado por dos personas, corrió gran peligro de ser fusilado.

Entre tanto, el combate se habia generalizado ya: en todas las calles que habia ocupado el ejército enemigo, se peleaba con arrojo y entusiasmo. La parte del pueblo que combatia, lo hacia en su mayoría sin armas de guerra, á escepcion de unos cuantos, que mas dichosos que los demas, contaban con una carabina ó un fusil, sirviéndose el resto, para ofender al enemigo, de piedras y palos, de lo que resultó que hicieran en los mexicanos un estrago considerable las fuerzas americanas.

Algunos nacionales, de los que la noche anterior se habian visto obligados á abandonar sus puestos, salieron de sus casas á la calle, llevando consigo sus fusiles, para tomar parte en la refriega. Ocupáronse algunos edificios altos y varios templos, desde donde se podia hacer mas daño á los enemigos. De los barrios de San Lázaro, San Pablo, la Palma y el Cármen, se veian brotar hombres decididos á buscar la muerte por defender su libertad; y muchos que á consecuencia de la distancia, no podian ofender á sus contrarios con sus armas improvisadas, salian á la mitad de las calles, sin otro objeto que provocarlos, para que se arrojaran sobre ellos, y pudiera el que tenia fusil dispararlo con buen éxito.

Multitud de víctimas en todo aquel dia regaron con su sangre las calles y plazas de la ciudad. Doloroso es decir que aquel esfuerzo generoso del pueblo bajo, fué en lo general censurado con acrimonia por la clase privilegiada de la fortuna, que veia con indiferencia la humillacion de la patria, con tal de conservar sus intereses y su comodidad.

Todo el dia resonó en la ciudad el ruido desolador de la fusilería; y la artillería, haciendo estremecer los edificios hasta en sus cimientos, difundia por todas partes el espanto y la muerte. Horas enteras se prolongó la lucha emprendida por una pequeña parte del pueblo, sin plan, sin órden, sin auxilio, sin ningun elemento que prometiera un buen resultado; pero lucha, sin embargo, terrible y digna de memoria.

Acciones sublimes, rasgos hermosos de valor y de heroismo, se verificaron sin duda entónces, que quedarán por siempre relegados al olvido, sin que la historia pueda recoger los nombres de los que así se sacrificaban por su patria, sin que ellos al morir hayan tenido otra recompensa que la satisfaccion interior que resulta del cumplimiento del deber.

Aun en medio del combate, los enemigos se entregaron á los mas infames escesos: horribles fueron los desastres que señalaron la ocupacion de México. El que no haya visto á una poblacion inocente, presa de una soldadesca desenfrenada, que ataca al desarmado, que fractura las puertas de los hogares para saquearlos, asesinando á las pacíficas familias, no puede formarse idea del aspecto que presentaba entónces la hermosa cuanto desgraciada capital de la República. Una tropa ordenada, disciplinada y bien organizada, que aparece triunfante en una poblacion, causa á los habitantes solamente el pesar de ser subyugados por la fuerza; pero un ejército mal equipado en su mayoría, desordenado y vicioso, que ostenta con el descaro de la embriaguez los adefesios del juglar en sus vestidos, y la feroz brutalidad del salvage en sus escesos; mas que al soldado valiente representa al bandido, y causa á la víctima de su iniquidad mas que el pesar del vencimiento, la vergüenza de la humillacion.

El ayuntamiento publicó el mismo dia 14 una proclama, en la que, manifestando los males que resultaban del estado de alteracion en

que se encontraba la tranquilidad pública, instaba por el restablecimiento de ésta. Decia, que el general enemigo se negaba á conceder en favor del municipio todas las garantías del derecho natural y de gentes miéntras no cesaran las hostilidades que se hacian á su ejército, y que aun habia ordenado á sus tropas, que la casa de donde se les disparase un tiro, fuera derribada por la artillería, dándose muerte á cuantos se encontrasen en ella.

Los combates parciales, que no se habian suspendido durante el dia, cesaron con la llegada de la noche, aunque no dejaron de interrumpir su solemne silencio algunos tiros que de tarde en tarde se oian estallar, sin que se viese la mano que los disparaba, y la voz de "alerta" de los patriotas, que recordaba al enemigo que aun habia en México hombres que velaban por su independencia.

La noche estaba oscura y pavorosa: las dolientes familias permanecian dentro de sus casas, temiendo constantemente que vinieran los americanos á romper sus puertas y á ejecutar en sus personas los crímenes mas vergonzosos: temblaba el anciano padre por su hija inocente, y ella por la vida de éste: ni un farol, ni luz de ninguna especie alumbraba á la pavorosa México: los cadáveres quedaron esparcidos por toda la ciudad: muchos soldados de caballería recorrian la ciudad, dando con sus sables en las paredes; y violando las puertas de las casas particulares y tiendas de comercio, estraian de unas los efectos mas preciosos, y de otras los comestibles, escasos para la poblacion, porque el temor de atravesar las calles para comprarlos, y las muy pocas tiendas que estuvieron abiertas en el dia, ocasionaron que la gente pacífica permaneciera sin ellos.

Puede asegurarse que la mayor parte de la numerosa poblacion de México pasó en vela aquella noche funesta: ¿quién duerme con la imágen de la patria tan recientemente ultrajada, y con la memoria dolorosísima de los muchos mexicanos que habian perecido en aquel dia y los anteriores? Pocas familias, en verdad, dejaron de llorar uno ó mas objetos amados.

Amaneció, por fin, el dia 15; y cuando ya los buenos ciudadanos lamentaban el que se hubiera aplacado la ira popular, y por consiguiente la alarma, en la que veian una esperanza de recobrar la libertad, volvió á resonar el estallido de las armas, y con él la voz general de entu-

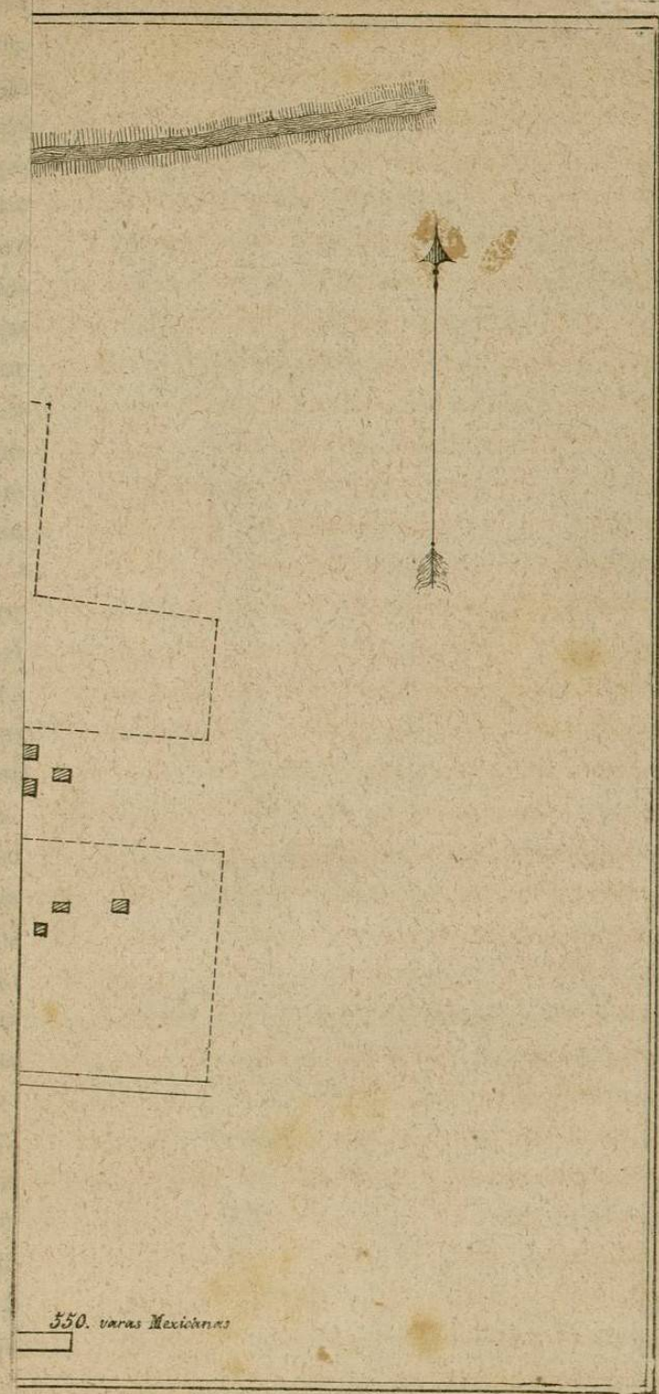
siasmo; voz sublime entónces, como que revelaba un pueblo decidido y valiente. Volviéronse á renovar las terribles escenas del dia anterior sobre un suelo manchado de sangre, sin que bastaran á entibiar el furor del pueblo las continuas amenazas del general Scott, que juró asolar la manzana desde la cual saliera un tiro sobre sus tropas.

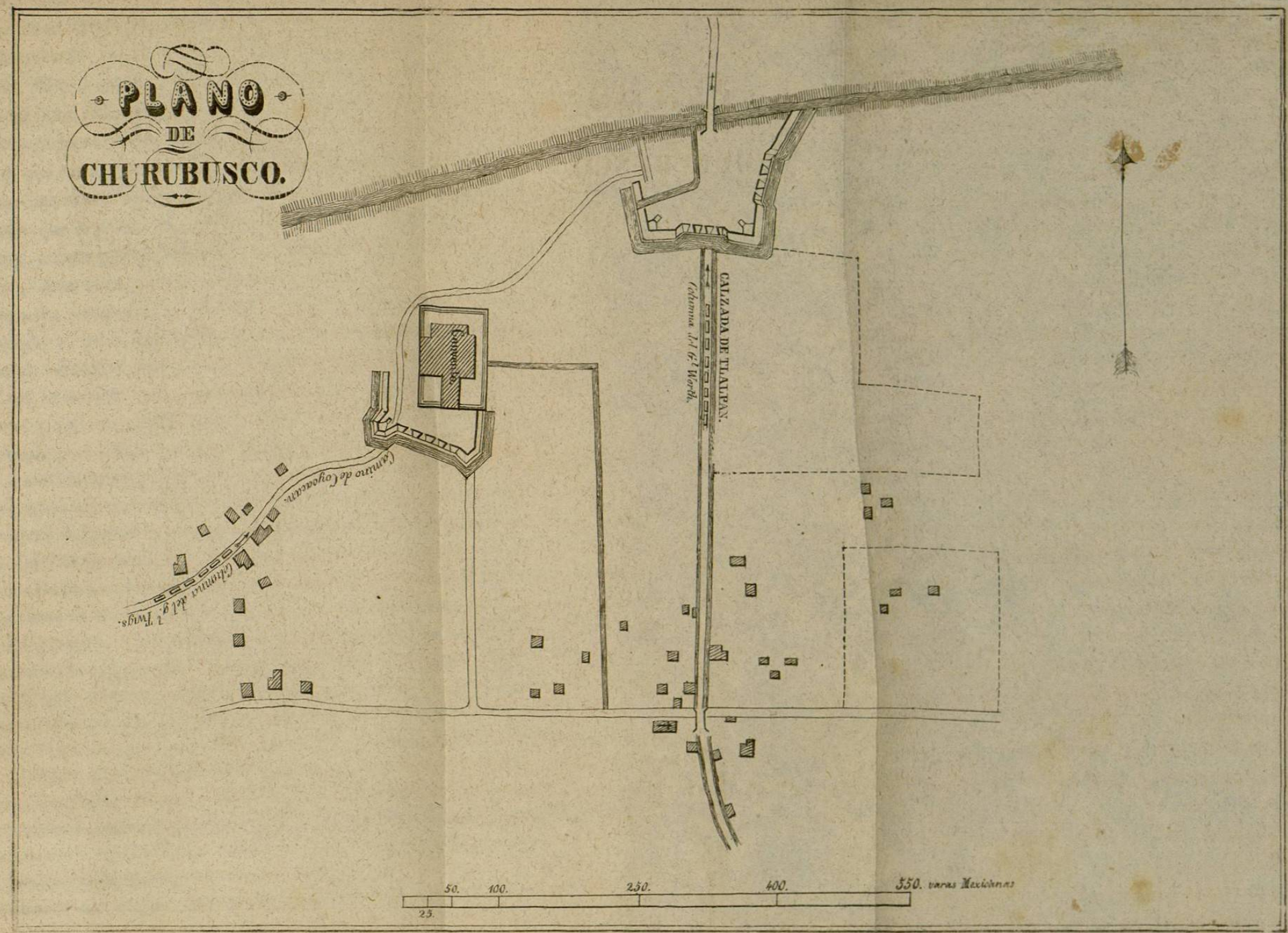
En medio de tantos sacrificios, hasta entónces estériles para nuestra libertad, habia una esperanza en todo corazon mexicano, de que el ejército de línea auxiliara aquel movimiento, débil en verdad por la falta de combinacion, de caudillos, de parque y armas, y finalmente, de todo elemento capaz de dar un triunfo. Esta esperanza era tanto mas natural, cuanto que si se hubiera recibido ese auxilio, probabilidades habia de que al pabellon de las estrellas, enarbolado la víspera por los invasores sobre el Palacio nacional, habria reemplazado el nuestro, y México restaurado su libertad y el honor perdido con tanta mengua. Esta esperanza salió fallida como se ha visto, y solamente el dia 14 se vieron atravesar por algunas calles de la ciudad á unos dragones de los regimientos quinto, noveno y Guanajuato, tan mal armados, que muchos, despues de habérseles cebado sus carabinas repetidas veces, no pudiendo disparar un solo tiro, las arrojaban contra el suelo, y corrieron blandiendo la lanza sobre los enemigos, entre cuyas filas espiraron valientemente.

No es fácil conocer á punto fijo cuál fué el objeto que tuvieron los gefes de nuestro ejército al mandar á México aquella tropa, pues como auxilio, era en verdad una fuerza muy insignificante contra unos enemigos posesionados de los mejores puntos de la ciudad, y superiores con mucho en número. Con el de distraer al ejército americano, á fin de que no fueran en su seguimiento, es mas dudoso, pues jamas se pudo suponer que intentaran destruir el nuestro, sino solamente posesionarse de la capital, lo que ya habian conseguido.

Como quiera que sea, el resultado fué que aquellos soldados fueron víctimas de su obediencia, y solo sirvieron para doblar la confusion de aquel dia, aumentando la matanza y desolacion que reinaba.

Perdida toda esperanza de verdadero auxilio por parte de nuestras tropas, é intimadas por el general Scott diversas órdenes penales sobre el que hiciera armas contra sus soldados, y otras mas de distinto




PLANO
DE
CHURUBUSCO.
CALZADA DE TLALPAN.
Columna del Gl. Worth.
Camino de Coyoacan.
Columna del Gl. Twiggs.
50.
100.
250.
400.
550. varas Mexicanas
25.

carácter del ayuntamiento de México, en que manifestaba al pueblo, que no podia exigir del invasor las garantías que habia ofrecido para la poblacion en el estado de efervescencia en que ésta se hallaba, y la triste esperiencia de que en dos dias de constantes esfuerzos no habia obtenido México ningun triunfo sobre el invasor, y que por las causas que se han indicado, sucederia lo mismo acaso en adelante. Estas consideraciones, juntas con el egoismo de las clases influentes, ocasionaron que con la luz del dia terminara aquel movimiento.

Un juicio mas exacto debe hacerse de las causas que influyeron en México, para que la parte del pueblo que combatió no triunfara de los invasores, puesto que en tales casos las cosas, al parecer mas insignificantes, obran muy poderosamente en el éxito.

Una pequeña porcion de un pueblo, cuando se levanta por cualquier principio, si no es impulsada despues por la gente pensadora, si no halla un verdadero apoyo en los que se lo pudieran dar con su prestigio, con su fortuna ó su capacidad mental, es siempre víctima de su arrojo, y mas sin duda cuando (como sucedió en México) el interes privado y el temor oprobioso, hacen que aquellos, en vez de dar vigor á sus laudables esfuerzos, los sofoquen con su indiferencia.

Vergonzoso es en verdad que en aquellos dias solemnes, en medio del entusiasmo del pueblo, y cuando no debia haber mostrado nadie á los ojos del mundo deseo de paz á los enemigos, se vieran colocados en todos los balcones, con escepcion de muy pocos, banderas blancas en las casas de los mexicanos, muchos de ellos condecorados con empleos del gobierno. Los estrangeros las pusieron de las diversas naciones donde habian nacido. Verdad es que este triste ejemplo lo dieron los últimos, á fin de evitar el saqueo de sus efectos, señalando de este modo las casas que podian robar impunemente los invasores. No obstante, en obsequio de la verdad y la gratitud, no se debe pasar en silencio, que hubo algunas honrosas escepciones en estrangeros, bien conocidos entre nosotros por su desinteres y amor al pais, que teniendo grandes tesoros que perder, prefirieron que éstos acaso peligraran, á valerse de ese medio para salvarlos, miéntras que algunas familias hijas de nuestro suelo, ofrecieron á la vista de todos el contraste mas vergonzoso, escudándose con pabellones estrangeros.

La noticia que voló por la ciudad, de que las fuerzas que estaban en la villa de Guadalupe, en vez de venir sobre los enemigos, iban á alejarse, influyó no poco en el ánimo de un pueblo cansado ya de desengaños; pero lo que mas cooperó á la nulificacion de aquel movimiento, fueron los esfuerzos constantes del ayuntamiento; esfuerzos reprobados entónces por los que sentian arder en su pecho el fuego sagrado del patriotismo. Cuando un pueblo combate por su libertad, es un deber dejarlo obrar segun su intento, sin atender á los intereses privados ni á la efusion de sangre, pues como sus esfuerzos pueden ser desgraciados, pueden no serlo, y nadie sabe hasta dónde son susceptibles de llegar, siendo tambien éstos un testimonio de honor ante el mundo; y este es, por cierto, uno de los casos, raros en verdad, en que aunque el éxito se considere funesto, no debe evitarse la empresa noble, muy noble á la faz del universo.

Solamente el deber de historiadores nos obliga á hablar de unos seres degradados, que han merecido el odio de los mexicanos y el desprecio de los vencedores. Cosa de cien bandidos estraidos por los enemigos de la cárcel de Puebla, á donde los habian conducido sus crímenes, vinieron con aquellos á hacer la guerra á México, y fueron en esos dias funestos el azote de sus conciudadanos. Asesinos y ladrones ántes, traidores ademas entónces, atravesaban la ciudad sobre briosos caballos, llevando ceñido en su sombrero un lienzo rojo, distintivo infame de su clase, y ostentando descaro, cometian escándalos y crímenes.

La emigracion en aquellos dias fué muy numerosa: los caminos estaban cubiertos de familias, que causaban una pena inesplicable, semejantes á las aves que al encontrar sus nidos destruidos por el huracan, exhalan cantos lastimosos sobre las ramas que los sostuvieron, y vuelan á tierras estrañas buscando aires mas serenos. Prescindimos de trazar aquí el cuadro de la desolacion de esas familias, que sin recursos ni porvenir las mas de ellas, salian á sufrir toda clase de males, por tal de escapar de los peligros que temian de la saña de los invasores.

En la noche del 15 presentaba México el contraste mas espantoso. Por una parte, los mexicanos, encerrados en sus casas, se entregaban á la consternacion y al desaliento, miéntras que por otra, la soldades-

ca triunfante, llena de júbilo, y escitada por licores embriagantes, sentia deslizarse las horas entre la risa y la algazara.

Con la aurora terminó el espanto de los unos y la insultante alegría de los otros; y el Sol que años ántes vió á México libertada por sus heróicos hijos, alumbró un pueblo esclavo y resignado ya con su ignominia.